

EL CASTELLANO Y EL LATÍN: LOS ORÍGENES DEL CASTELLANO

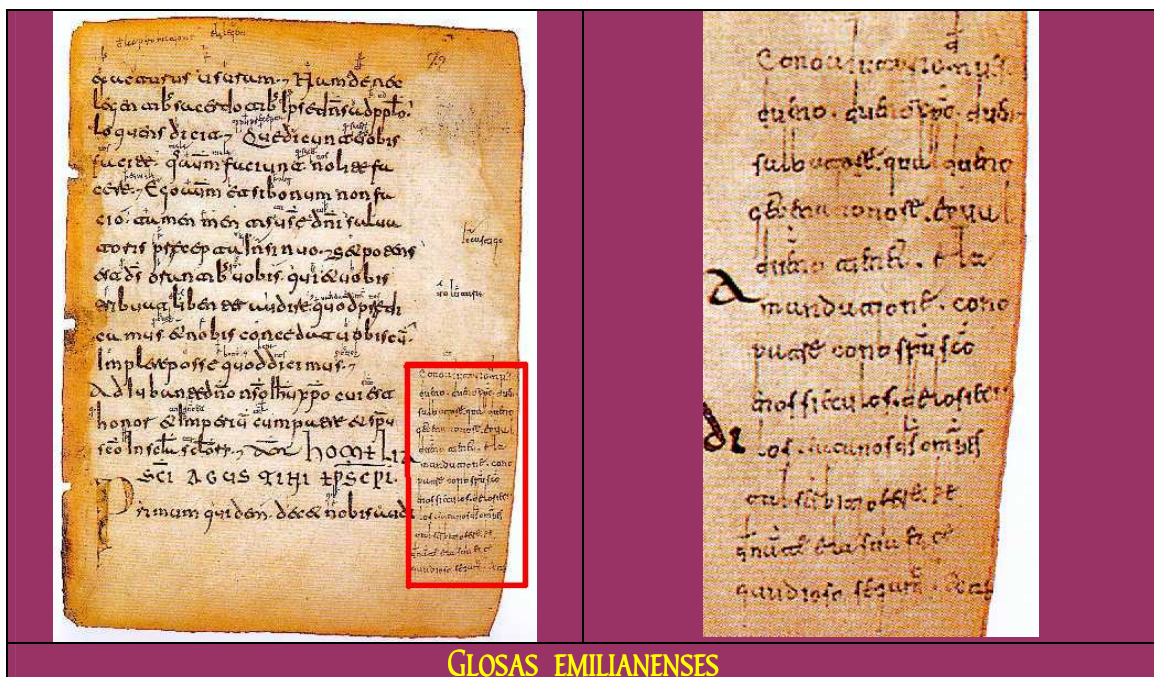
1. LOS PRIMEROS TEXTOS CASTELLANOS

Leamos el siguiente texto:

«Cono ajutorio de nuestro dueno, dueno Christo, dueno Salvatore, qual dueno get ena honore, e qual duenno tienet ela mandatione cono Patre, cono Spiritu Sancto, enos sieculos delos sieculos. Facanos Deus omnipotes tal serbitjo fere ke denante ela sua face gaudioso segamus. Amen»

Evidentemente nos resulta extraño; y sin embargo hay palabras que son castellano (*nuestro*), algunas que podemos reconocer fácilmente: *cono=con*, *duenno=dueño*, *honore=honor*, *tienet=tiene*, *serbitjo=servicio*, *denante=delante*; y otras más extrañas, pero cuya raíz podemos **identificar** con un poco de imaginación: *ajutorio=ayuda*, *mandatione=mando*, *mandato*; *facanos=háganos*, *gaudioso=gozoso*, *segamus=seamos*.

Pues bien, este pequeño texto pertenece al primer grupo de textos documentados en lengua castellana. Se trata de la más larga de las llamadas *Glosas Emilianenses*, fechadas en el s. X d.C., que podemos ver en la foto.



GLOSAS EMILIANENSES

Las glosas son anotaciones, habitualmente en los márgenes de un escrito (en nuestro caso, latino), que sirven para aclarar algo sobre ese escrito. Se llaman *Emilianenses* porque aparecieron en el **monasterio** de San Millán de la Cogolla en la Rioja.

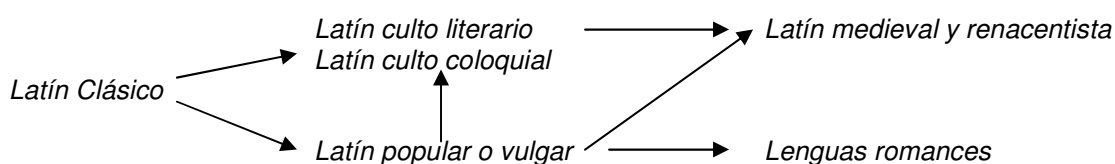
Quiere decirse que, quien anotó el texto, lo hizo porque sabía que habría lectores que ya no entenderían el latín del texto (que dice lo siguiente: *Ajubante domino nostro Jhesu Christo cui est honor et imperium cum patre et Spiritu Sancto in secula seculorum*), simplemente porque ya no hablaban ni comprendían el latín. Observamos que el cambio de lengua se ha **verificado** ya en el s. X. Pero, muy probablemente, como hemos dicho, la gente hablaba ya romance desde bastante antes. Como nota curiosa, digamos que las *Glosas Emilianenses* son también el

primer documento en lengua vasca. Es más: la misma mano que escribió en castellano lo hizo también en vasco, por lo que podemos deducir que el misterioso anotador era bilingüe.

2. Y ENTONCES... ¿QUÉ OCURRIÓ CON EL LATÍN?

Nada: el latín, por supuesto, siguió utilizándose. Lo que ocurrió es que mientras el pueblo analfabeto hablaba romance (como hemos dicho, tal vez desde el siglo VIII d.C.), es decir, latín en evolución, camino de lo que luego será el castellano (o el gallego o el catalán), el latín fue solo usado por las gentes cultas, esencialmente por los eclesiásticos que eran quienes tenían acceso a una educación más o menos decente.

Por supuesto, el latín medieval, el que usaban los clérigos en la Edad Media, no era ya el latín clásico, el latín literario de la antigua Roma (aunque los hombres más cultos se esforzaban por imitarlo), sino una variedad de latín más popular al que llamamos *latín vulgar* y del que, en realidad, proceden las lenguas románicas. Podemos resumir la situación en el siguiente cuadro:



Probablemente ese latín vulgar existía ya en la antigua Roma. Es evidente que en un mundo donde no había un sistema universal de enseñanza ni ninguna institución que controlara o aconsejara sobre la práctica de la lengua, aun cuando hablasen la misma lengua, no podían hablar igual un rico patricio, que había recibido una esmerada educación, que un zapatero o un soldado, muchos de los cuales serían analfabetos o analfabetos funcionales. Exactamente como hoy, hubo en Roma muchos registros lingüísticos dependiendo del grado de formación recibido.

Hoy en día, una persona culta puede usar con cierta naturalidad en contextos más o menos formales las palabras *paradigma*, *deceso* o *advenimiento*, aunque lo normal es que esta persona, y el resto, utilice las más habituales y populares *modelo*, *muerte* y *llegada*. Pues bien, algo semejante sucedía en latín. Pongamos un ejemplo: el castellano ha heredado las palabras *trigo* y *juego* del latín vulgar, del latín de la calle, es decir de *triticum* y *iocum*. Sin embargo, en contextos más cultos, las más habituales eran *frumentum* y *ludum*. Lo curioso es que el castellano también ha heredado, al menos, una de las dos para formar el adjetivo *lúdico*, esto es, "lo relativo al juego". *Frumentum* no ha dado nada en castellano; sin embargo, existe una hermosa isla llamada *Frumentaria*. ¿Sabes cuál es? En el siguiente cuadro encontramos algunos ejemplos más.

Latín culto	Resultados	Latín vulgar	Resultados
<i>discere</i> (verbo)	discipulo (sust.)	<i>apprehendere</i>	aprender
<i>pugna</i>	pugna	<i>battualia</i>	batalla
<i>ore</i> (sust.)	oral (adj.)	<i>bucca</i>	boca
<i>equus</i>	equino	<i>caballus</i>	caballo
<i>uia</i>	vía	<i>caminus</i>	camino
<i>domus</i>	domicilio	<i>casa</i>	casa
<i>ludus</i> (sust)	lúdico (adj.)	<i>iocus</i>	juego
<i>edere</i>	<i>comedere</i>	comer
<i>pulchrum</i>	pulcro	<i>formosus</i>	hermoso
<i>frumentum</i>	<i>triticum</i>	trigo

A veces, de esos pares de términos que ya existían en latín, hemos adoptado ambos para nuestro uso común. Así, del par *feruere* / *bullire* (hervir) obtenemos dos verbos de uso normal (aunque no exactamente iguales) *hervir* / *bullir* (y sus derivados *hervor*, *bullicio*, etc.)

Finalmente, cuando existía un par latino de términos unas lenguas románicas han elegido uno de los términos y otras otro. Así, del par *mensa / tabula*, el francés (*table*), el italiano (*tavola*) y el catalán (*taula*) han elegido el segundo, mientras que el castellano (*mesa*) ha elegido el primero (con independencia de que también poseamos la palabra *tabla* con otros significado). El cuadro siguiente contiene otros ejemplos.

Latín 1	Latín 2	Castellano	Gallego	Italiano	Catalán	Francés
<i>arena</i>	<i>sabulum</i>	<i>arena</i>	<i>area</i>	<i>sabbia</i>	<i>sorra</i>	<i>sable</i>
<i>caput</i>	<i>testa</i>	<i>cabeza</i>	<i>cabeza</i>	<i>testa</i>	<i>cap</i>	<i>tête</i>
<i>uolo</i>	<i>quaero</i>	<i>querer</i>	<i>querer</i>	<i>volere</i>	<i>voler</i>	<i>vouloir</i>
<i>fabulare</i>	<i>parabolare</i>	<i>hablar</i>	<i>falar</i>	<i>parlare</i>	<i>parlar</i>	<i>parler</i>

Por cierto, el latín culto literario no usaba para “hablar” ni *fabulare* ni *parabolare*, sino el verbo *loquor*, de donde proceden palabras como *locutor*, *locuaz* o *elocuencia*. De esta manera las lenguas románicas y muy especialmente el castellano, de una u otra forma han heredado casi todo el latín, tanto el culto como el vulgar; y nuestra misión es usarlos correctamente, puesto que *deceso* no es un sinónimo exacto de *muerte*, ni *advenimiento* de *llegada*. ¿O es que alguien espera con ansiedad el *advenimiento del tren* o con tristeza el *deceso de su perro*?

Pero a pesar de que las lenguas romances están más o menos configuradas entre el siglo VII y el siglo XI d.C. y que las distintas regiones que habían integrado el Imperio Romano ya no hablaban latín, el latín siguió usándose durante toda la Edad Media y Moderna incluso en áreas en que no se habían generado lenguas romances. El latín, en efecto, siguió siendo la lengua de intercambio cultural en toda Europa (como pueda serlo hoy el inglés); fue la lengua de las universidades y la lengua en que se entendían los hombres cultos que, en casa o entre los amigos hablaban, sin embargo, sus propias lenguas maternas.

3. ALGUNOS CONCEPTOS

Antes de seguir adelante y para poder avanzar con seguridad, conviene comprender una serie de conceptos que vamos a manejar durante el resto del curso. Son los siguientes:

A. Término patrimonial. Son aquellas palabras castellanas procedentes del latín (o que han entrado en nuestra lengua a través del latín) que han evolucionado en castellano siguiendo las normas evolutivas propias de nuestra lengua hasta su estado actual. *Escuchar*, *caldo*, *pelleja*, *hastío*, *llamar*, *rotura*, *emplear* son palabras patrimoniales. Observa desde ahora que tales palabras contienen los característicos sonidos “fuertes” del castellano [ch, j, ll] (tales sonidos no existían en latín y son creación, en este caso, del castellano).

B. Cultismo. Son aquellas palabras procedentes del latín que apenas han evolucionado en castellano y, por tanto, se parecen bastante a las formas latinas (entre paréntesis) de las que procede. *Auscultar*(<*auscultare*), *cálido*(<*calidum*), *película*(<*pelliculam*), *fastidio*(<*fastidium*), *clamar*(<*clamare*), *ruptura*(<*rupturam*), *implicar*(<*implicare*) son cultismos. Compáralas una a una con los ejemplos del apartado anterior. ¿Te has dado cuenta de que en realidad son las mismas palabras?

C. Latinismo. Son palabras y expresiones latinas (directamente en latín) que se han integrado en la lengua. *Grosso modo*, *álbum*, *referéndum*, *currículum* y otras muchas son latinismos.

D. Préstamo. Es cualquier palabra que el castellano ha tomado de otras lenguas. Los préstamos pueden ser muy antiguos o muy modernos. Muchos de ellos son ya tecnicismos; algunos se han castellanizado (*líder* < ing. *leader*, *escáner* < ing. *scanner*) y otros conservan su grafía y su pronunciación en la lengua de origen (*software*, *parking*). A veces, el castellano tiende a resistir ciertos anglicismos muy difundidos (aún preferimos *enlace* a *link*). Muchas veces no somos conscientes de que estamos empleando palabras que no son patrimoniales castellanas. Así palabras como *diseño*, *fachada*, *jefe*, *blusa*, *chubasco*, *vagón*, *bigote*, *toalla*, *tiburón*, *izquierda* o *capicúa* son palabras, por supuesto, integradas en el castellano y castellanizadas, pero de origen italiano, francés, portugués, inglés, alemán, caribeño, vasco o catalán.

E. Neologismo. Es cualquier palabra nueva, creada para designar una nueva realidad científica, tecnológica o social. Dado que constantemente aparecen tales novedades, la creación de términos es constante en el tiempo. Así, la palabra *cibernética* es un neologismo de la década de los 50, mientras que *demoscopia*, por ejemplo, es mucho más reciente.

F. Tecnicismo. Es cualquier palabra propia de una determinada rama de la técnica o del saber. Muchos tecnicismos son neologismos. Muchos tecnicismos son préstamos (*hardware, chip*). Muchos tecnicismos son cultismos

G. Helenismos. Son términos de origen griego integrados en nuestra lengua. La mayor parte de ellos son tecnicismos científicos, y muchos son, además, neologismos. Algunos son habituales y reconocibles en su significado (*faringitis* = inflamación de la faringe); otros son desconocidos para casi todos los hablantes (*quianoblepsia* = ceguera temporal producida por el reflejo del sol en la nieve)

4. LAS DIFERENCIAS ENTRE EL LATÍN Y EL CASTELLANO

Comencemos por echar un vistazo a este texto latino real:

Hic autem velut hereditate relictum, odium paternum erga Romanos sic conservavit, ut prius animam quam id deposuerit; qui quidem, cum patria pulsus esset et alienarum opum indigeret, numquam destiterit animo bellare cum Romanis.

Evidentemente, el latín no es castellano, puesto que no entendemos su contenido. Sin embargo, no nos es totalmente extraño y somos capaces de entender, al menos, algunas palabras. Veamos: *hereditate*, obviamente tiene que ver con la familia de *heredar, heredero y heredad*; *odium paternum* no necesita mucha aclaración y tampoco *Romanos* y *Romanis*; nos suena *conservavit* en nuestro verbo *conservar*; y *anima* y *animo* están presentes en castellano. Y quien conoce mejor el castellano fácilmente puede conectar *relictum* con *reliquia*, *deposuerit* con *deponer*, *pulsus* con *pulsar, impulsar* o *expulsar*, *indigeret* con *indigente* o *bellare* con *bélico*.

En efecto las diferencias entre el latín y el castellano son muchas, pero nosotros no vamos a aprender latín: nos vamos a centrar solo en el léxico, en las palabras. Como hemos dicho, el castellano ha heredado del latín más de un 70 % de su léxico. Si consideramos solo los sustantivos, palabras como *gloria, audacia, ala, ira, consul* o *amor* son términos latinos que perviven sin alteración en castellano. Otras palabras como *insula* > isla, *avaritia* > avaricia, *formica* > hormiga perviven en nuestra lengua bastante reconocibles aunque han sufrido ciertas alteraciones. Otras, como *puer* (niño), *dominus* (señor) *uir* (varón), etc. no perviven como tales sustantivos en castellano, pero es fácil reconocer sus raíces en palabras como *puericultura, dominio* o *viril*. Por fin, ciertos términos latinos son difícilmente reconocibles a primera vista; es el caso de *penna* (pluma), *ancilla* (esclava), *hordeum* (cebada) y otros muchos. Éstos prácticamente se han perdido pues han sido sustituidos por otros términos bien de origen latino o bien de origen no latino. Lo mismo sucede con los verbos.

Resumiendo la cuestión, en castellano encontramos:

- a. Términos latinos que han pasado al castellano apenas sin alteración: *gloria, audacia, ala, ira* y otros; el significado castellano es, por otra parte, semejante al significado latino.
- b. Términos latinos que han pasado al castellano sufriendo una evolución leve: *avaritia, silentium, formica, capra*
- c. Términos latinos que han pasado al castellano sufriendo una evolución profunda: *dominus, insula* (>*dueño, isla*).
- d. Términos latinos que han pasado al castellano solo en registros muy cultos: *ancilla, ara*
- e. Términos latinos que no han pasado al castellano: *penna, hordeum* (*pluma, cebada*)
- f. Términos latinos que se han incorporado tal cual al castellano (latinismos): *álbum, referéndum*.

Sin embargo, sobre los propios términos latinos el castellano ha construido adjetivos o verbos. Así *formica* > *hormiga*, pero también poseemos el adjetivo *fórmico*; *insula* > *isla*, pero también el adjetivo *insular* (además del propio cultismo *ínsula* o su derivado *península*)

Observa ahora el siguiente cuadro

Latín	Castellano	Catalán	Francés	Italiano
silentium	silencio	silenci	silence	silenzio
vitium	vicio	vici	vice	vizio
spatium	espacio		espace	spazio

Podemos comprobar: 1º Que las palabras que en latín acaban en *-tium* en castellano acaban en *-cio*, esto es, existe *regularidad*. 2º Que los resultados para las mismas palabras latinas de origen son distintos en las distintas lenguas, pero 3º Que existe regularidad dentro de cada una de las lenguas. La conclusión es evidente: el latín evolucionó hacia cada lengua de manera regular y de acuerdo con unas normas (aunque pueda haber excepciones; por ejemplo, el resultado catalán para *spatium* es *espai* y no **espaci*).

A lo largo del curso intentaremos fijarnos en las normas de *evolución* al castellano, aprender algunas de ellas (las más sencillas) y comprobar su regularidad. Algunas de esas normas de evolución más significativas, que adelantamos aquí antes de abordar su estudio, son las siguientes:

1. Los finales en *-um*, *-am*, *-em*, tan característicos del latín desaparecen generando sustantivos acabados en *-o*, *-a*, *-e* o en consonante. Así *templum* > templo, *gloriam* > gloria, *tristem* > triste o *amorem* > amor
2. El diptongo *au* > *o*: *taurum* > toro, *causam* > cosa
3. Algunas vocales acaban formando diptongos muy característicos del castellano: *terram* > tierra, *bonum* > bueno
4. Algunas vocales desaparecen en determinadas condiciones (síncopa): *calidum* > caldo
5. Desaparición de la *f*- inicial latina: *farinam* > harina
5. Sonorizaciones y leniciones: *capram* > cabra
6. Aparición de sonidos palatales y otros

5. DOBLETES ETIMOLÓGICOS

Sea cual sea el término latino (culto o vulgar) que el castellano ha elegido para sí, uno de los fenómenos más curiosos en la evolución de la lengua es la aparición de los llamados dobletes etimológicos.

Un doblete etimológico es una pareja de términos procedentes de un mismo término latino. En tales dobletes podemos observar que uno de los términos apenas ha evolucionado con respecto a la forma latina, es decir, la lengua lo ha adoptado apenas sin cambios; mientras que el otro ha evolucionado de acuerdo con unas ciertas normas que son más o menos estables. Por supuesto, el significado de los términos del doblete no es exactamente igual, pero tienen un cierto parecido en atención a su origen. Así *escuchar* es eso, aplicar el oído con interés a un ruido o a una conversación; sin embargo, su hermana, *auscultar* es la escucha que realiza un médico.

Latín	Resultado culto	Resultado popular
<i>Auscultare</i>	auscultar	escuchar
<i>Facturam</i>	Factura	Hechura
<i>Delicatum</i>	Delicado	Delgado
<i>Famelicum</i>	Famélico	Jamelgo
<i>Pelliculam</i>	Película	Pelleja (o)
<i>Fastidium</i>	Fastidio	Hastío
<i>Calidus</i>	Cálido	Caldo

<i>Rapidus</i>	Rápido	Raudo
<i>Strictus</i>	Estricto	Estrecho
<i>Operare</i>	Operar	Obrar
<i>Clamare</i>	Clamar	Llamar
<i>Laborare</i>	Laborar	Labrar
<i>Rupturam</i>	Ruptura	Rotura
<i>Plenum</i>	Pleno	Lleno
<i>Legalem</i>	Legal	Leal
<i>Minutum</i>	Minuto	Menudo
<i>Operare</i>	Operar	Obrar
<i>Implicare</i>	Implicar	Emplear
<i>Directum</i>	Directo	Derecho
<i>Erigere</i>	Erigir	Erguir
<i>Forma</i>	Forma	Horma
<i>Insula</i>	ínsula	isla

A veces, las palabras comienzan su evolución, pero no la completan. Estamos entonces en presencia de los llamados semicultismos. Así, de la palabra griega *apoqhkh*, deriva el término latino *apothecam*, y a partir de este el término *bodega*, que es su evolución normal en castellano. Desde luego, existe también el término *apoteca*, que, aun existente en castellano, con el significado de *farmacia*, apenas se usa. Pero, junto a estos dos encontramos un tercer término en discordia: *botica*, que parece un término medio entre ambos: es un semicultismo. Contamos además con el término *boutique* procedente del francés.